

La vendimia de mi amigo Esteban

Mi amigo Esteban ya habla menos, lo encuentro muy silencioso y pensativo en esta vendimia, que se le pasa rápida y sin pena ni gloria. Desde hace algunos días echa cuentas, hace números retocidos como si expresasen un baile desconcertante, y nunca le sale bien; el haber y el debe no se conforman del todo y ahí está la lucha o la guerrilla sorda de los signos que le agotan la paciencia. Muchas veces en el platillo de las poco, pero ahora con tanta ruina, se ha quedado mudo y no sé cómo ha para tratar de equilibrar la balanza de pagos, pero casi nunca puede llegar a ver el resultado positivo, son demasiadas las operaciones.

Yo sé que para este año tiene buenas intenciones. En broma y en serio ha hablado de la cosecha de uva con cierto optimismo hasta hace poco pero ahora con tanta ruina, se ha quedado mudo y no sé cómo habremos de sacarle de su mutismo. Alguna vez, cuando hablaba con los bodegueros, se dejaba caer un precio para la uva, que a él le interesaba para ver qué remilgo hacían y sacar de él, el precio más interesante. Luego, rectificaba de su juicio prematuro, que no había sido otra cosa, que un gesto de su sabiduría rural.

A los "pequeños" como él llama a los agricultores que tienen en venta hasta su ánima por no decir otros pormenores, se les está dando muy mal todo; hasta la esperanza que es una forma humilde de conformarse ante la adversidad, se les ha retirado sin saberlo. De la misma manera que la RENFE se retira de cualquier vía o camino que no le resulta rentable y que cuando te enteras ya no tiene remedio. De esta misma manera a los "pequeños" se les ha retirado la esperanza, porque aunque en vía muerta, no era rentable, pero era un refugio para los momentos difíciles. Yo no sé qué pensar si a los "pequeños" se les destruye por falta de piedad o por cortedad numérica de hectáreas de terreno cultivable. Está visto que a este murido se le mide por el tamaño y no por la calidad. Lo mismo pasa con los hombres.

A estas vendimias se les ha mojado hasta la raíz, pasando por la unguarina del mozo de mulas —hoy tractorista— el sombrero cordobés de Montoya, ese gitano de Torreblanca que hace en familia sus faenas de vendimia —que no es poco— y el pañolón de seda o de tergal de las vendimiadoras que no han tenido que taparse picarescamente la cara por miedo al impúdico sol que les muerde las mejillas. Esto de taparse así, es una costumbre mora que se sigue al pie de la letra y que tiene, además, mucho misterio cuando las noches del candil en la quintería y en el baile de la "raposa". Es una terquedad, más que otra cosa, por no desterrar del todo la originalidad del pasado.

Pero me sigue preocupando mi amigo Esteban y los "pequeños", que este año con la podredumbre del fruto y el gasto jornalero, sacarán

Pasa a la página 39